



Biblioteca "del IAVA" en su intimidad; con su característica escalera caracol hoy restaurada.

Bibliotecas personales III

Mis bibliotecas

Es claro que hay bibliotecas y bibliotecas. Por ejemplo, están las institucionales, que no pertenecen a ningún particular, muchas veces públicas, a veces religiosas, generalmente de variados contenidos temáticos. Suelen ser enormes, reproducen el mundo, lo explican, constituyen suntuosas prótesis de la memoria humana, tan frágil, y también dan cabida a esa aventura extravagante de los hombres, el arte hecho de palabras, la poesía.

Entre estas bibliotecas, las “institucionales”, las hay también de tema unívoco. Recuerdo la vez que me llevaron a conocer la biblioteca de los botánicos en la Universidad de São Paulo. No fue el tamaño lo que me impresionó, sino la presencia, en un lugar privilegiado de las estanterías, de espléndidos libros de arte, de acuarelas, y de poesía, la libertad de la imaginación entre los libros supuestamente ceñidos a la química rigurosa de los cuerpos, a la vitalidad clorofílica de la historia natural.

En Uruguay conocí dos de estas bibliotecas públicas, la Biblioteca Nacional y “la del IAVA”, que así la llamábamos, ambas incluían el mundo delirante del arte y la ficción y ambas me parecían gigantes. Después conocí bibliotecas mayores por cierto, colosales algunas, y sobre todo más laberínticas, quizás más enigmáticas, pero guardé siempre mi doble referencia montevideana.

Con mi amigo Juan Introini las frecuentamos mucho, sobre todo allá por 1967, cuando preparábamos nuestro ingreso al IPA. Yo siempre preferí la del IAVA, Juan decía que amaba la Nacional. De la Nacional me gustaba el olor, pero en cambio me sentía desvalido en aquellas mesas tan bien iluminadas, tan pulcras por entonces. Me sentía abandonado en ese mundo eficiente y silencioso, rodeado sin embargo de gente y de discursos, y por eso mismo más solo. La del IAVA, más chiquita y también menos exuberante, tenía un especie de calor humano, el funcionario, un poco obeso, le daba al ambiente cierto aire de familia. A esa biblioteca yo iba incluso cuando no tenía ningún libro especial para leer, a mis dieciocho



años era mi refugio en el mundo y mi modo de postergar la hora de volver a la casa de mis padres donde entonces vivía.

Sí, hay bibliotecas y bibliotecas. En todo sentido opuestas a esas bibliotecas monumentales, públicas, institucionales, existen las particulares, las que uno mismo construye. No son en absoluto una suma de libros, más bien esas bibliotecas constituyen a su manera nuestra autobiografía, lo queramos o no. Levantadas por nosotros, y con el formato de aquello que los artistas llaman “instalación”, son la obra que revela quiénes somos, sin pudor, nuestras pasiones, ambiciones, ternuras, renunciaciones, revelan a los vivos y a los muertos que nos acompañaron a lo largo de los años, y cuentan de qué hablábamos.

En mi caso, y supongo que sea el caso de otros migrantes, tuve que abandonar una primera, modesta y entrañable biblioteca, aceptar que la perdí como se pierde un país, o las ilusiones, recomenzar de cero y, peor, hice esto varias veces. La “instalación” que tengo hoy, es pequeña y casi limitada a los libros de poesía que los poetas me dan desde hace años, sobre todo en Latinoamérica. Es íntima y me representa. No hablaré sobre ella. Más bien diré solo esto: me gustaría que desapareciera cuando yo ya no esté. Las voces, los versos, esos quedarán conmigo.

